

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS POETAS

EDUARDO BUSTILLO



Est. de Brado, Bocony, 14 y 15, Madrid.

Goza renombre, y no en vano.
Cáustico y fino á la vez,
fustiga al género humano
con la viril robustez
del romance castellano.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El desmemoriado, por José Estremera.—...Y otros nacen estrellados, por Felipe Pérez y González.—De lo ideal á lo real, por Enrique Segovia Rocaberti.—Un ingerto, por Sinesio Delgado.—Sin comentarios, por Álvaro Gastón.—La fotografía en Medicina, por Manuel Osorio y Bernard.—Ocurrencias, por Amado Castillo y Torres.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Eduardo Bastillo.—Coro de señoras.—En la calle, por Cilla.



Ha pasado el Corpus y aún vivimos.

Dícese que el fin del mundo se ha aplazado por indisposición de uno de los artistas celestes, encargado de cortar las cuerdas que sostienen el globo.

Mucha gente se había metido en la cama la noche del 24, creyendo firmemente que despertaría en el valle de Josafat.

Cuando se presentaban las criadas en la alcoba antes de acostarse para ver si se ofrecía algo, les decían los amos:

—Déjame sobre la mesa el vaso de agua de todas las noches y retírate.

—¿Qué traigo mañana para almorzar?

—¡Pero tonta! ¡Si nos moriremos esta noche!

—¿Es cosa segura?

—Segurísima. Antes de acostarte, barre bien el pasillo, para que no nos critique la generación venidera.

Los amigos se despedían en estos términos:

—Vaya, abur. ¡Hasta allá!

—¿Se sabe la hora fija de nuestra destrucción?

—He oído decir que moriremos á eso de las doce.

—¿Cómo haríamos para encontrarnos en el otro mundo?

—¡Hombre! Yo creo que todos los de Madrid iremos á parar al mismo punto.

—Bueno; pero como dicen que el valle de Josafat es muy grande...

—Probablemente habrá sitios cercados para colocar á la gente por provincias.

—¿Y estaremos desnudos?

—Naturalmente. En el otro mundo no hay ropa. No tienes más que ver cómo pintan á las ánimas benditas del purgatorio.

—¡Caramba!

—¿Lo sientes?

—Hombre, sí, porque tengo muy delgadas las piernas y me da mucha vergüenza.

Tal seguridad tenían algunos de sucumbir el 24 por la noche, que al amanecer del día siguiente saltaron del lecho creyéndose ya en la otra vida, y salieron por ahí con ánimo de recorrer el valle y ver si encontraban difuntos conocidos. Al tropezar manos á boca con los burreros, decían para sí:

—Quizás sean ángeles en traje de mañana que irán á la compra.

Cuando se supo que el mundo no se había acabado, muchas personas se pusieron á jurar como carreteros.

—Aquí no hay formalidad—decían.—Ya estábamos decididos á morir, y ahora resulta que ha habido contra orden.

—¿Por qué se incomoda V. tanto?—se les preguntaba.

—No me he de incomodar? Figurese V. que, fiado en el fin del mundo, le había pedido dinero á un amigo. ¡Y ahora voy á tener que devolvérselo!

Ya se ha decretado en Francia la expulsión de los Príncipes, y es natural que estemos todos preocupados, porque esta clase de sucesos no pueden presenciarse sin pena profunda.

Aquí suele importarnos muy poco la desgracia de los

obreros que no comen; el infortunio de los niños que vagan desnudos por las calles; la escasez de recursos de los hombres de ciencia que no tienen pantalones; pero, en cambio, nos indignamos contra el Gobierno de la República y predecimos desde la mesa del café la ruina de Francia, por haber adoptado aquella medida terrible.

—¡Pobrecitos Príncipes!—decía una señora sensible.

—¿Les conoce V.?—le preguntamos.

—No, señor; pero me dan mucha lástima. Mi esposo piensa escribirles ofreciéndoles una salita que no usamos, por si quieren venirse á vivir con nosotros. Quiere decirse que con aumentar un poco la comida... Si hablamos de traer media libra de garbanzos, traeremos tres cuarterones.

La expulsión traerá consecuencias lamentables.

El día menos pensado veremos por las calles unas cuantas parejas astrosas y sin lavar, que tocan la pandicreta para que baile un oso y varias monas.

—Son zóngaros—diremos.

Y nos contestará un transeunte que está en el secreto:

—No, señor; no son zóngaros.

—¿Húngaros, acaso?

—Tampoco. Son Príncipes trashumantes.

La procesión del Corpus ha revestido la solemnidad de costumbre

Rompía la marcha una sección de la Guardia civil á caballo; seguían varios niños, formados en dos filas, con pantalones color de plomo, que daban á sus piernas cierta semejanza con las de los clowns cuando se disfrazan de elefantes; tras éstos marchaban otros niños con camiseta azul y pantalón blanco, parecidos á esas muñequitas de añil que usan las mujeres para almidonar las camisas, y cerraban el cortejo todos los presbíteros de España é islas adyacentes.

De trecho en trecho veíanse niñas con velo blanco y coronas de papel. Algunas, en vez del velo simbólico, llevaban los visillos de la alcoba y cubrían sus pies con unas botitas blancas, que parecían cucuruchos de garbanzos.

Las mamás marchaban á retaguardia, contemplando con júbilo aquellos frutos de su vientre y entusiasmándose al notar la admiración que producían en el público.

Algunos espectadores estuvieron á punto de exclamar: «¡Que bailen!» pero no era cosa de turbar la majestad del acto.

También asistieron á la procesión varios serafines con enaguillas y alas de papel de chocolate. Como medida de precaución, las mamás les habían abierto los pantalones por sitio conveniente, á fin de que no mancillaran las vestiduras celestiales.

—Cuidado, monín—iba diciendo una madre amorosa á su tierno capullo;—no te chupes los atributos.

Pero el niño se había cogido la punta de un ala y se la metía en la boca como si fuese de caramelo.

Entre las personas devotas que formaban el piadoso cortejo, vimos á una respetable anciana con rebecillo azul y zapatos de lona.

—¿Quién es esa mujer?—preguntamos á un espectador que la saludaba.

—Es una Concepción, de la clase de porteras.

En los edificios públicos había muchas señoras elegantes, y guapas, vamos al decir.

Los funcionarios las obsequiaban con dulces, sorbetes, pastas y otros comestibles.

—¿Comen VV. esto todos los días?—preguntaba una señorita con la candidez natural.

—No, señora—contestaba un escribiente muy elegante, que se gasta todo el sueldo en ropa exterior;—ordinariamente no comemos más que obleas. Algunos se han acostumbrado también á comer la arenilla.

—Debe ser muy insustancial.

—No lo crea V.; poniéndole unas gotitas de limón, está muy sabrosa.

Una señora mayor preguntaba en voz baja á un joven

funcionario, que repartía quesitos helados entre las damas:
—Diga V., joven: ¿me podrían traer una chuletita con patatas?

Otra señora decía á su niña delante de un vaso de limón:
—¡Qué lísima! Si yo llego á saber que nos darian refresco, hubiéramos traído pan de casa para hacer unas sopas.

La verbena de San Juan no ha ofrecido atractivos.
—¿Qué tal ha estado la verbena?—preguntamos á un madrileño clásico.
—Mal—nos contestó.—Ni siquiera se ha dado una puñalada.

LUIS TABOADA.

EL DESMEMORIADO

I

—¡Pero, Juanal!

—Señorita.
—¿Cómo me has puesto esta gola?
—Como usted me dijo.

—Vaya, si parece que estás tonta.
Trae las tijeras. Descose.
Vuélvela á coser ahora.
No, mujer, con otra aguja.
¡Si has traido la más gorda!
Así, que salga dos dedos.
Bien está. Ven aquí; añaja esta cinta. ¿Dónde has puesto el cuerpo color de rosa?
—¿No dijo usted que el azul?
—Es para volverse local.
Ah, sí, es verdad.

—Usted misma lo ha sacado de la cómoda.
—¿Y dónde está?

—En la cocina para que la Nicanora vaya poniendo el encaje, y cogiendo las alforzas.
—¿Dónde está el corse?

—El muchacho lo tiene.

—¿Bien, esta es otra?

—¿Para qué?

—Para sacarle la ballena, que está rota.
—Vamos, hoy no encuentro nada.
—Pues ¿qué busca usted?

—Las horas.

—Aquí hay una.

—¿Estamos bien?

¿Y la otra?

—No sé, señora.
—Búscala. Puede que esté ahí, debajo de esa ropa.
—Aquí no está.

—Ve al despacho; cuando vino esa señora la tenía yo en mi falda para coserle las borlas.
—En el despacho no está.
—Mira tras de la consola.
—Ya está aquí, en la sombrerera.
—¡Mujer, tienes unas cosas!
—Pues si yo no la he metido.
—Se habrá metido ella sola.

Trae. ¡Adiós!

—¿Qué pasa?

—Un clavo.

Creo que me ha roto toda la media. Llévase al chico, que la componga. Sácame unos guantes blancos.
—No tiene usted.

—Dale, bola.
Los que me compré el domingo.
—¿Si los rompió usted en la boda de su sobrina?

—Es verdad.
—¡Hija mía, que estás pronta.
—La habia á usted el señorito.
—¿Te vas?

—Si antes de una hora vengo por ti.

—Pues de paso que vas al café me compras unos guantes.
—Ay, mujer, ¿te fias de mi memoria? (No sabes lo fácilmente que se me olvidan las cosas?) Más vale que vaya ésta.
—¿Y he de vestirme yo sola? Hazte un nudo en el pañuelo, ya que por fortuna ahora estás constipado, al verlo te acordarás.

—Bien, pichona, ya está hecho el nudo. Hasta luego.
—Que te acuerdes.

—Dios te oiga.

II

—La del nudo en el pañuelo ha sido idea ingeniosa. Toma tus guantes, en marcha y vamos á oír la ópera.

III

—Esta *Africana* me gusta, qué música tan preciosa. Ahora principia la marcha.
—¿Y para qué haces ahora ese nudo en el pañuelo?
—Para ayudar la memoria; quiero que no se me olvide esta marcha tan hermosa.

JOSÉ ESTREMEIRA.

...Y OTROS NACEN ESTRELLADOS (1)

Quintín Ladrón de Guevara es un muchacho formal, honrado, noble, real: un modelo... ¡el solo raro!

Mas—no sé por qué razón—la opinión le considera como un pícaro y cualquiera contrario á la opinión.
Da de bondad testimonios y, por fatal ironía, los querubines que pinta resultan siempre demonios.

—El bullicio me da espanto y odio toda agitación—decía en cierta ocasión.—la soledad es mi encanto.—
Pues el que lo oyó en seguida para su capote dijo:
—Esa Soledad, de hijo debe ser una pérdida.
—Toda dicha es ilusoria sin la gloria—prosiguió,—por eso trabajo yo para conquistar la gloria.—

Con malicia importante unos á otros se miraron y al punto todos pensaron:
—La Gloria, ¿pues otra tuna.—
Hoy figura esta verdad entre las más admitidas: «Quilán tiene dos queridas, la Gloria y la Soledad.»
Y hay quien jura por su fe y, si es preciso, por Dios, que las conoce, y son dos que cantan en un café.
El día en que se casó, dijo:—Vida de soltero, recibe mi adós postrero... Soy otro: ¡San se acabó!
Se barre de mi memoria ventura menos fugaz, y pues me caso con Paz, ¡ajá! paz y después gloria!
—No se para el mozo en barras—uno dijo—y muestra el juego: aquí su mujer y luego la Gloria, aquella de marras.—
Tuvo después fiesta y vino en el día de su santo, y el alboroto fué tanto, que le preguntó un vecino con extraño retintín:
—¿En tu casa ha habido ayer fiesta?—Y él le dijo:—A ver! Hubo la de San Quintín.—
Pues ya á murmurar se empieza que con su esposa ha tronado

y en su día le han tirado los trastos á la cabeza.
Por último, el otro día un timador le quitó la cadena y el reloj al subir en el tranvía.
El pobre á gritos se queja, huye el ladeco diligente, y después tranquilamente se presenta la pareja.
—¿Quién presume alteración?—dijo un guardia con gran pausa.
—Yo—gritó Quintín,—por causa...
—¿Usted? ¡A la prevención!
—Es que me han robado...—¡Bien Pus ahí se aclarará.
—Pero es que el ladrón se va...
—Pus se aclarará también.
Al verle así detenido un amigo que pasó acercándose exclamó:
—Ladrón ¿qué te ha sucedido?
—Es un ladrón! ¡Eh, qué tal?—dijo el guardia.—si me achicu...
Vamos hacia el *Asuncio*, que allí no estarás muy mal.
—Pero es que usted no repara...—
Quintín repuso alarmado al mirarse amenazado.—yo soy Ladrón... de Guevara.
Y el guardia, que no chancea, repuso:—Esa no es razón... que en siendo un hombre ladrón no importa de qué la sea.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

DE LO IDEAL Á LO REAL

Los que *todavía* no habéis sido diputados, amigo Sinesio, no es posible que comprendáis las alegrías del que lo es por primera vez. Yo no había tenido oposición, y mi acta, más limpia que una patena, fué la primera presentada en la Secretaría del Congreso, tocándome, por consiguiente, presidir la reunión preparatoria para elegir la mesa de edad.

¡Qué honor!
A toda prisa me encargué el traje de ceremonia, y el día señalado me presenté en el Congreso cuando aún no habían hecho la limpieza.

Un portero me atajó el paso.
—¡Soy el señor presidente... accidental!—dije con entonación digna de Ríos Rosas, y seguí hasta el despacho de la presidencia, donde escribí varias cartas, cinco, si no recuerdo mal, aprovechando el único cuadernillo con timbre de la casa que había quedado de la legislatura anterior. De haber sido una resma, toda la hubiera aprovechado.

Llegó la hora. Connovido me dejé conducir por el *mayor* al alto sitial. ¡Me parecía mentira!

Tiré de un cajón de la mesa y le hallé atestado de caramelos. Como el que comete un crimen, espíe la ocasión en que nadie me observaba y llené de aquellas golosinas los bolsillos del frac y del pantalón. Debes acordarte; á todos los amigos y á muchos que no lo eran obsequié á costa del Congreso.

No hay nada tan generoso como la felicidad.
Cuando me lo indicaron, abrí la sesión; dicen que no se me oyó la fórmula sacramental. Puede ser. Yo nunca he sentido emoción semejante. En seguida tuve que ceder el sillón al presidente de edad; no sé qué hubiera sido de mí sin el voto de gracias que por unanimidad me otorgó la Cámara.

¿Qué había hecho yo? Nada, pero así lo ha impuesto la rutina; sin embargo, lo acepté como una honra excepcional.

Al otro día, lo primero que pedí al despertarme fué el *Diario de las Sesiones*. ¡Oh desencanto! Los cajistas del periódico oficial habían equivocado mi nombre. Atribuí la errata á malevolencia del director, y en el mismo instante redacté una proposición de ley pidiendo la supresión de la *Gaceta*. El caso no era para menos. ¿Qué hubieras hecho, di, si al otro día de tu primer estreno, que fué tu primer éxito, te hubiesen equivocado el nombre en los carteles?

Rectificó la prensa el error y sentí dulce consuelo y satisfacción inefable. Se había salvado la *Gaceta*.

El Congreso se metió en harina. *Discutieron* y *notamos* el mensaje. Yo estaba obligado á demostrar alguna iniciativa: me debía á los míos, á vosotros, á los literatos y á los artistas.

No existía ley alguna que garantizase la propiedad intelectual, la más sagrada, la más legítima, por más personal de todas las propiedades.

(1) Véase el número 175.

CORO DE SEÑORAS



—Olé, por la buena gente; qué hechuras!

—Cálmate, Juan: mira que esas chicas dan el quiebro divinamente.



—Por aquí salen del escenario todas las noches hablando recio; ¡nunca me miran!... No es necesario... ¡Yo las desprecio!



—Ni un minuto ha de pasar en que de ti no me acuerde sin poderlo remediar...

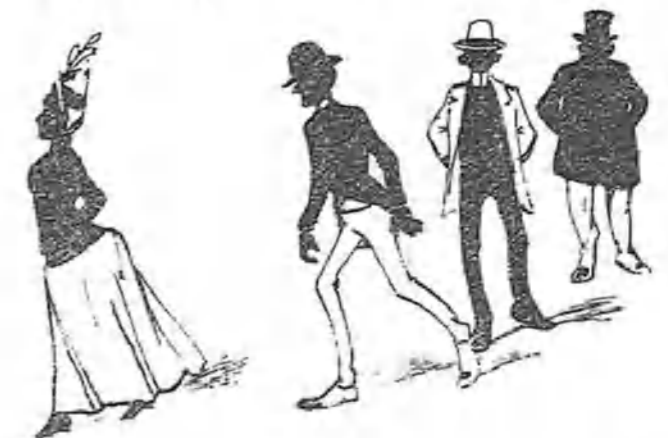
—Ya sé lo que es eso. ¡Un puñal de botas de raso verde!



—Pues mira, si se empeña el autor en que salgáis enseñando las pantorrillas, le dices que á mí no me da la gana.



—Parece que les gustan las medias de seda á esos mamelucos de la primera fila. ¡Si supieran que las he pagado yo se morían de rabia!



¡Eso es lo que tiene el presentarse junto á las candilejas con remuchísima gracia y repo quitísima ropa!

Un proyecto de ley sobre propiedad literaria; he aquí mi labor en aquellas Cortes.

El proyecto debería entrañar dos tendencias; una favorable al escritor y contraria la otra a los editores, porque, como sabes, hemos convenido en que el editor es el enemigo natural del literato.

¿Por qué no establecer la abolición inmediata de aquél? No sé quién lanzó esta idea en un *parnasillo*; yo la recogí y la afirmé en mi proyecto, que literalmente decía así:

«Los diputados que suscriben tienen el honor de presentar al Congreso la siguiente

PROPOSICIÓN DE LEY

Artículo primero. Queda abolida la industria editorial.

Artículo segundo. Las obras de cualquier género adquiridas por los editores en cualquier tiempo, volverán á ser propiedad de sus autores.

Artículo tercero. El Estado hace suyas las deudas del escritor, creándose al efecto un papel especial.

Madrid, etc...»

La proposición pasó á las secciones, y un día, aprovechando una tarde de toros, la aprobamos en secreto entre una docena de escritores padres de la patria.

¿Cómo me lo agradecisteis! ¿Qué resonancia tuvo el banquete que la clase me dió en el Inglés, para mayor tormento de Hidalgo, pared por medio de su despacho!

¿Qué chistes se dijeron, qué epigramas, *improvisados con ocho días de anticipación*, leyeron algunos; epigramas y chistes, por supuesto, contra las víctimas de mi proposición de ley!

Aquella noche dormí con el sueño del justo.

Dos campanillazos violentos, bruscos, atronadores, fatídicos, como de acreedor, me despertaron.

El casero me presentó el recibo del mes y el sastre la cuenta de la estación. Yo no tenía dinero.

Me disponía á solicitar de mi editor un anticipo, y me quedé petrificado. ¿No había yo abolido los editores? ¡Horror!

Aquí fué cuando desperté de veras, porque todo, menos el recibo y la factura, había sido un sueño. El editor me prestó la cantidad necesaria y salió del doble compromiso.

Sin embargo, no queriendo dar mi brazo á torcer, exclamé con terquedad digna de mejor empleo:

—No importa; sigo creyendo que el editor es un mal. Sólo que es un mal necesario.

E. SGOVIA ROCABISTI.

UN INGERTO

En un periódico inglés que acabo de recibir, leo, y voy á repetir, una nueva de interés.

Se trata de un caballero, un doctor muy ilustrado, que la sangre le ha sacado á un perrillo ratonero; y, muerto ya el animal, firme, animoso y resuelto, el sabio doctor le ha vuelto toda la fuerza vital.

Por estafadoso y prolijo el procedimiento callo; pero de alegría estallo, y ustedes también, de ño, con la inusitada suerte de haber alcanzado el día en que es de guardarropía la guadaña de la muerte.

Y allí va una observación aunque ella me desconsuela, y es, que á camama me huele, tan prodigiosa invención.

Porque en países lejanos se miente mejor quizá, y para guasa, no hay más que los norteamericanos.

¿Qué inventos tan atrevidos! ¿Qué cosas tan portentosas! ¡Siempre pasan estas cosas en los Estados Unidos!

Esto aparte, nos conviene traer lo del perro muerto, y supongamos que es cierto, por la cuenta que nos tiene.

¿Qué delicioso va á ser confundirse y apañarse,

y no poder suicidarse, ni temblar al no comer!

Don Prudencio, mi vecino, nata y flor de los prenderos, que hace sesenta febreros que nació en Vitigudino, está loco de contento, y se comprende, á su edad; y cuenta á la vecindad los detalles del invento.

Pero á ojos que no ven, no hay ánimo convencido; por eso el hombre ha querido experimentar también.

Tenía en su casa un gato que era su amor, su delicia; pero llegó la noticia, y el gato ha pagado el pato.

Porque el señor don Prudencio le echó mano el otro día, y, gracias á una sangría, le vió morir en silencio.

Luego echó mano al bolsillo para acabar el asunto, mandó por sangre, y al punto le trajeron un cuartillo.

Y con mucha precaución, para no echarlo á perder, se dijo: —Vamos á ver, — y practicó la inyección.

El gatito poco á poco volvió á la vida... ¡Oh portentoso! ¡Era aquel descubrimiento cosa de volverse loco!

— Aquella noche dormía á pierna suelta el prendero,

soñando en el literato resultado de aquel día.

¡Como dos y una son tres el gato no estaba muerto y era cosa rara! cierto lo del periódico inglés!

El, gracias al sorprendente hallazgo, y gracias á Dios, vivirá un siglo, dos, y así sucesivamente.

Despertó en esto; oyó voces. — ¡Espasol! ¡Padre! — decían.

y en el despacho se oían unos berridos atroces.

¿Qué escandaloso! ¿Qué alboroto! ¿Quién está el busy? ¡que lo mató! Fueron allá, y era el gato que berraba como un chofot.

Al fin y al cabo, el prendero averiguó lo ocurrido; ¡era que habían traído la sangre del matadero!

SIXASTO DELGADO.

SIN COMENTARIOS

Le ví una noche; él era, sí; en la sombra de mí se recataba, el vil que destruyó mis ilusiones, mató mis esperanzas.

El que imprimió sobre mi nombre honrado del deshonor la mancha una noche más negra todavía, más negra que su alma.

Al verle, ideas de esterminio y muerte sentí que á mi cerebro se agolpaban, y en frases mil de cólera y desprecio le recordé su infamia.

Y él, escondido entre la sombra espesa, impasible, en silencio, me miraba. ¿Era acaso un cobarde? No; era un hombre más sordo que una rapia.

ÁLVARO GASTÓN.

LA FOTOGRAFÍA EN MEDICINA

Encuentro en los periódicos la noticia de una nueva aplicación de la fotografía, y me apresuro á comunicarla á los profesores de la ciencia de curar, y á los profanos.

La fotografía, como auxiliar de la terapéutica, es ciertamente una de esas innovaciones llamadas á causar una verdadera revolución, sustituyendo la hipótesis por la certidumbre, en el conocimiento de muchas dolencias que sufre la humanidad.

¡La fisiología dando el brazo á la fotografía! ¡Hipócrates combinado con Niepce! ¡La cámara oscura iluminando las oscuridades mucho mayores todavía de la Medicina!

Convengamos en que el invento merece, no ya los honores de un artículo, sino la gloria destinada por la especie humana á sus bienhechores y amigos.

El Sr. Gilman Thompson, de Nueva York, ha sido el primero en aplicar la fotografía al estudio de los movimientos del corazón y de los intestinos; sus pruebas fotográficas permiten darse cuenta de las alteraciones del órgano estudiado, sus movimientos, etc. También puede aplicarse al estudio de los movimientos del estómago, de la vejiga, del diafragma, de los ojos y de los pulmones, en los diferentes tiempos de la respiración.

No detallan los periódicos médicos el sistema; pero desde el momento en que otro operador quirúrgico ha ideado introducir en el cuerpo focos de luz eléctrica, nada tendrá de extraño que el Sr. Thompson nos ilumine interiormente y nos vuelva transparentes para tomar sus negativas fotográficas, á menos de que nos obligue á tragarnos un objetivo, para que éste se despache á su gusto reproduciendo nuestras vísceras.

De todos modos, y cualquiera que el procedimiento sea, desde el momento en que, periódicos serios de Medicina dan cuenta del invento, fuerza será creer los prodigios que de él nos riferan, y contar desde luego con un auxiliar tan poderoso como la fotografía, para descubrir la causa de muchas enfermedades.

Ya no habrá necesidad de aquellos interminables interrogatorios á que antes nos sometía el médico hasta enterarse de nuestros males. Aplicará la máquina fotográfica, viendo á un enfermo en sus posteros instantes, y dirá sin vacilar:

—Un pulmón ausente y el otro deshecho. Pronóstico reservado.

Si el paciente se queja de grandes dolores de estómago, le examinará fotográficamente para llegar á esta conclusión:

—Ha debido tragarse un boliche de la cama... La ciencia es impotente... Hay que dejar obrar la naturaleza.

Examinando los intestinos, dirá:

—¡Poca cosa! Se le han enredado como una madeja, pero ellos solos se compondrán.

Y, en una palabra, todo nuestro organismo interno será sacado á la clara luz del día, mediante el objetivo revelador y la

placa preparada, facilitando así la aplicación de las recetas ó el empleo del bisturi.

Por este sistema, podremos también conservar entre las curiosidades de familia numerosas láminas al colodión, que enseñaremos á los amigos diciéndoles:

- Estas son las lombrices que usó el menor de mis hijos.
- Aquí tiene V. siete fases de un tumor que padeció la criada de casa: cinco interiores y dos externas.
- ¡Precioso ejemplar! La solitaria que tuve yo, reproducida del natural siete meses antes de ser arrojada.
- Este es mi pulmón izquierdo congestionado.
- Esto es el cerebro de mi cuñada.
- Microbios colérgenos de mi suegra.
- Este es el hígado de la misma señora, reproducido admirablemente... Ni una sola vez lo ve la gata sin ponerse á mayar desesperada y codiciosamente... ¡Estará propio?...

M. USSORIO Y BERNARD.

OCURRENCIAS

¿Cómo serán los Angeles?—Un día
ocurriónme decir
Te vi después y dije:—Va no hay duda
deben de ser así.

¿Cómo será el demonio?—Cierta día
me ocurrió preguntar
Contigo me casé y hallé respuesta,
¡Conoci á tu mamá!

AMADO CASTILLO Y TORRES



A la hora de cerrar este número no ha llegado á nuestro poder el capítulo VI de LAS VIRGENES LOCAS, encargado á Clarín. Las comunicaciones con Oviedo son tan pesadas y dificultosas, que sólo á ellas puedo atribuir la falta. Tengo por seguro que nuestro querido colaborador ha echado la carta en el buzón á su debido tiempo, pero ¡es tan fácil retrasarse un día! Lo siento por VV... y por mí, que sufro, en primer lugar, los perjuicios. Se publicará irremisiblemente en el número próximo. ¡A no ser que la tierra se haya tragado las cuartillas!

Unos días no te veo,
otros días no te miro,
otros te vas de paseo
con ese feo al Retiro.

Como el feo se distraiga,
le revienta cualquier noche...
¡Permita Dios que se caiga
y que le atropelle un coche!

Datos curiosos de estadística teatral:
En Madrid se han estrenado durante la temporada anterior las obras siguientes:
Tres en el Español, 17 en la Princesa, 3 en Apolo, 17 en la Comedia, 5 en Price, 6 en la Zarzuela, 13 en Novedades, 42 en Lara, 35 en Esclava, 19 en Variedades y 22 en Martín.
Total: ¡ciento ochenta y dos!
Treinta y ocho en tres actos, 13 en dos y 131 en uno.
De todas ellas, 31 no pasaron de la tercera representación y 15 alcanzaron treinta ó más consecutivas.

Con todos los religiosos
religiosa amistad tienes,
y religioso silencio
guardas si alguno te ofende,
de religión haces gala,
por ella medras y creces...
¡Qué lástima que no pagues
también religiosamente!

A. GARCÍA DE QUEVEDO.

Los señores abonados del Real, esos que andan por ahí sil-

bando *Gioconda*, se han quejado á la empresa de que las bailarinas no son apetecibles.

Y la empresa, siempre galante, ha declarado cesante al cuerpo de baile, con el objeto de escoger una colección de chicas guapas que den gusto á los señores abonados...

¡Oh, el divino arte de la música! ¡Oh, las formas!

De modo que la empresa del Real se encarga de reponer, para uso de los caballeros, el género averiado...

¡Oh, el divino arte otra vez!

- ¡Hola! ¿Conque se ha mudado V. de casa?
- Sí, señor; ahora vivo en la calle de Hortaleza.
- ¿Qué número?
- No lo sé de cierto.
- ¿Qué me cuenta V.?
- La verdad; porque todos dicen que es el 78, pero yo me asomo al balcón y veo que es el 86.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. A.—Barcelona.—¡Ay, ay, ay! ¡A estas horas filosofías de álbum! No puede ser.

Sr. D. C. G.—Madrid.—Eso es terriblemente malo. ¡Cosas de niño pequeño! ¿verdad?

Sr. D. R. I. R.—Madrid.—Tienen algunas incorrecciones, pero no se desanime V. Casi todos empiezan peor.

Sr. D. M. F.—Zaragoza.—El romance es muy aceptable, pero tiene el maldito defecto del asunto. ¡Esos tercetos de señoritos, chulas y toreros, son imposibles!

Sr. D. G. L.—Madrid.—Sí, señor, son publicables.

Sr. D. T. P. y D. I. S.—Madrid.—Los capítulos de LAS VIRGENES LOCAS que VV. han tenido la bondad de enviarme, están bien escritos, pero no puedo utilizarlos porque entonces se faltaría á las bases expuestas en el prólogo. ¡Comprenden VV.?

Sr. D. R. M. P.—Osuna.—La composición sigue mediana, ¡hay algunos versos muy largos! Remítalo el número. De gramática... no me hable V. porque me hago un lío. Las señas de aquel caballero son las que V. dice; nada más.

Nayarazo.—Huesca.—¡Opino que versifica V. con mucha facilidad, que tiene V. mucha gracia y que adelantará V. mucho. Mande V. la firma y el pernillo para cortar y rajar á mi gusto.

A. A.—Madrid.—¡Pero hombre, si escribe V. más que el Tostado y no se fija en lo que escribe!

Sr. D. J. C.—Madrid.—Incorrecta, pero revela algo bueno.

Sr. D. J. M. de I.—Sevilla.—Es *anadina*.

Onasol.—Madrid.—No está del todo mal, pero no es publicable. Todo el chiste está en el último verso, y no puede sostener una composición larga. Además, se ha usado mucho, en este número, sin ir más lejos. Quiera V. mucho á su morena, ¡y que sean VV. muy felices! ¡Yo también me muero por las morenas!

Sr. D. L. P.—Teruel.—Que perdone esa muchacha de la oda... ¡y eso que también las rubias me gustan muchísimo!

S. S.—Badajoz.—¡Calle V. por Dios! que se le revuelva á uno el estómago.

Scotris.—Bueno, mande V. la firma. ¡Esta maldita costumbre de los pseudónimos me vuelve loco!

Sr. D. N. A.—Cádiz.—Vaya, pues le digo á usted lo mismo que la otra vez!

Florín.—Por Dios, ¡que eso se ha dicho un millón de veces y ninguna ha tenido gracia!

Solomillo.—¡Eso no vale la pena!

Roberto.—¡Por qué no cuida V. un poco la forma! El asunto es bonito. *Terror de los poetas*.—Me reventan as divagaciones.

Sr. D. A. F.—Madrid.—Eso en el sainete acaso encaja bien; pero como composición suelta...

Sr. D. A. G.—Madrid.—¡Serio y con rípios! No sirve.

Sr. D. R. R.—Madrid.—Tiene V. condiciones, pero hay que estudiar mucho. Y en cuanto á ser redactor ¡ni soñar!

Sr. D. P. O.—Cádiz.—110.

Florte.—Se hace la sustitución.

Un discípulo que empieza.—Bueno ¡y qué!

Culta.—Medianilla composición.

Sr. D. A. P.—Madrid.—Los versos y la carta son muy graciosos si los ha hecho V. en guasa. Porque no he visto una imitación más perfecta de lo rematadamente malo.

Sr. D. C. D.—Sevilla.—No están mal hechos, pero son vulgares.

Mariano.—Está muy *deshabillé*.

Sr. D. J. P.—Madrid.—Aunque sirviera, ha perdido la oportunidad.

Un cínico.—Nada, no sirve nada.

Zenitram.—Eso de hacer coplas no sabiendo, es machacar en hierro frío.

Sr. D. B. C.—Santander.—Como no progrese V. mucho, lo que es hasta ahora...

Requesón.—Habría que hacerla completamente nueva.

Un quíscun.—Nada, ni chispa. *Barbaridades y desigualtes* no son consonantes en España.

Sr. D. M. R.—Mojados.—¿Sabe V. escardar cebollinos? ¡No! Pues vaya V. aprendiendo, porque le va á hacer falta.

MADRID, 1886.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Librería, 26 duplicado, bajo

MADRID COMICO

EN LA CALLE



—Mire V., yo he venido de Albacete a tratar un asunto con el Sr. Duque de Fernán-Núñez... ¿Sabe V. dónde vive?

—No sé; no nos tratamos.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 6.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ferraz, 40, principal izquierda
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO